

LATINOAMERICA

MÁS LA PLUMA QUE LAS ARMAS LA LARGA ESPERA ANTES DE JUNÍN Y AYACUCHO

María Elena González Deluca
Universidad Central de Venezuela

En el imaginario de la guerra domina el ruido de las armas, la pólvora, la sangre, el horror, las debilidades y las acciones bizarras, propias de una sucesión más o menos continua de batallas. La lógica del asunto indica que los encuentros militares son lo más significativo en una guerra y las largas esperas entre batallas, sugieren el tiempo muerto, de preparación para la siguiente confrontación, los meses o años en que nada pasa. La dilatada espera que antecedió al desenlace militar de la independencia en Perú, con las tropas y los jefes esperando el combate decisivo, viene al caso porque la compleja trama político-militar de esos años se desarrolló en buena parte fuera de los campos de batalla. En Perú convergieron los principales jefes militares de la guerra y las tropas de cuatro países, cuya difícil convivencia fue un registro de grandes y pequeñas manifestaciones de lo humano, de lo cual quedó testimonio en cartas y memorias.

San Martín esperó dos años en el Perú, de 1820 a 1822, entre negociaciones, escaramuzas militares poco significativas y discusiones políticas que no condujeron a los resultados que esperaba. Sucre, después de la batalla de Pichincha (24-5-1822), permaneció en Quito a cargo del gobierno del territorio liberado hasta que recibió orden de marchar al Perú en 1823, donde estuvo acantonado con sus tropas más de un año hasta la Batalla de Junín, en agosto de 1824, y después cuatro meses más de inacción hasta el encuentro final en Ayacucho. Al igual que Bolívar, Sucre pasó gran parte del tiempo entre batallas dedicado a escribir, una actividad que, según decía, le agravaba sus dolencias

y le quitaba tiempo porque tenía que escribir casi todo, a falta de un ayudante de confianza.

La lectura de parte de su correspondencia entre mayo de 1823 y diciembre de 1824, revela lo esperado: un pensamiento ocupado y agobiado por los problemas de la guerra, las dificultades para organizar el ejército, las eternas penurias financieras, la escasez para atender las necesidades de soldados y animales. Pero también descubre la vena de una especial sensibilidad que da cuenta de su capacidad estoica para resistir. En las cartas aparece el territorio de las incertidumbres, los conflictos del alma, las dudas, la inseguridad. Se revelan sus reacciones ante la falta de información segura, el no saber cuáles serían las determinaciones de Bolívar en cuanto al curso de la guerra, o si aprobaba sus decisiones, las diferencias de criterio entre ambos y la angustia de no saber el efecto de estas discrepancias sobre la relación entre ambos y, en definitiva, si sus servicios eran realmente apreciados por aquel: la falta de noticias confiables sobre el movimiento de los enemigos debido a la ausencia de comunicaciones efectivas, la desazón ante los rumores de una independencia pactada y la posibilidad de una retirada de las fuerzas colombianas del Perú que echaría por tierra todos sus esfuerzos por preparar el ejército. El no saber.

Y otra fuente de angustia: la desconfianza en la lealtad y capacidad de las tropas y oficiales aliados. ¿En quién confiar? ¿cómo seleccionar el personal para las responsabilidades que requerían lealtad y disciplina? La única respuesta tranquilizadora que encontró fue depositar su confianza en los colombianos y someter a prueba a oficiales y a tropas de otros países. También lo abrumaba la incertidumbre de si cumpliría el deseo de volver a vivir en paz, de disfrutar de una vida familiar, en privado. En el último trimestre de 1824, después de la victoria de Junín, el peso de estas inquietudes parece aligerarle tal vez por las exigencias del mando supremo de la guerra. Fueron largos meses en los que Sucre, a veces con precaria salud, soportó una de las mayores presiones psicológicas de su carrera. Sus cartas, frecuentes y a menudo prolijas, revelan las incidencias de ese tiempo en que nada pasaba.

1. Las dificultades

La guerra de independencia fue una empresa extremadamente difícil, y particularmente lo fue la campaña de Perú. Aunque este es un hecho objetivo bastante conocido, la percepción individual de las dificultades, la de un protagonista de excepción como Sucre, pone de relieve un cuadro pormenorizado de las mismas que ayuda a comprender mejor cómo la voluntad personal de servicio debía someterse a constantes pruebas.

Las tropas, al mando de Sucre, se movilizaron en enero de 1823 hacia el Perú y permanecieron acantonadas desde enero de 1824 en la Sierra peruana del norte, moviéndose entre las actuales provincias de Ancash, Huánuco y Pasco. El gobierno patriota, con Bolívar al frente como dictador, y el estado mayor general tenían su sede en la costa, en Trujillo. Durante largos meses, miles de hombres debían comer, vestirse, atender su salud, prepararse militarmente, y disponer de caballos y bestias de carga bien alimentados. En junio, el ejército comenzó a desplazarse en dirección al sur, en busca del enemigo al que finalmente pudo confrontar en la pampa de Junín, donde tuvo lugar el 6 de agosto de 1824 la batalla de ese nombre. Tras la victoria, el ejército reanudó la marcha en la misma dirección hasta situarse al oeste del río Apurímac en la espera del encuentro decisivo.

Para Sucre, designado Jefe Militar Supremo por el congreso peruano, el aislamiento, las carencias, las inseguridades y los problemas propios de la guerra, eran tanto más agobiantes cuanto que no contaba con auxiliares de confianza en los que pudiera descargar parte de sus muchas responsabilidades o en cuyas opiniones pudiera apoyarse; las quejas por sus numerosas obligaciones se repetían, al parecer, sin encontrar la esperada atención: “Sin jefe de estado mayor, sin secretario, tengo yo que hacerlo todo; el tiempo no me alcanza y el ejército se priva de mi trabajo activo”. Pero las dificultades más serias a las que se enfrentaba eran las relacionadas con la solución de los apremiantes problemas logísticos y financieros.

Las constantes referencias al tema indican que la escasez de recursos financieros fue un problema prioritario en la larga espera. Las exigencias logísticas, la adquisición de equipo militar, subsistencias, vestido, elementos de transporte, la paga de la tropa y la oficialidad, la atención a los enfermos, exigían desembolsos considerables y permanentes que resultaban más difíciles de cubrir a medida que la espera se prolongaba. Tener un ejército preparado e inactivo durante más de un año agudizaba las tensiones y las asperezas de la ociosa convivencia, pero sobre todo aumentaba las exigencias monetarias.

El dinero faltaba desde el comienzo. Llegaban los víveres y las armas y el dinero para pagar no aparecía: se enfermaba la tropa y no se recibían recursos suficientes para adquirir camas, sábanas y otros utensilios indispensables para los hospitales que atendían a los enfermos de la división colombiana. El apremio era de tal naturaleza que, incluso resultaba difícil trazar las prioridades de pago porque todo era urgente; cuando había fondos se pagaba en dinero hasta donde alcanzaba, y si no había se pedía prestado, o se pagaba con bienes, o se contraían compromisos de pago. Todo para evitar la pérdida de crédito, las rebeliones o deslealtades que de cualquier modo eran constantes. Pero no había modo de reducir los gastos. Las grandes distancias se tragaban los recursos,

incluso la movilización de pequeñas columnas representaba enormes gastos, sobre todo porque las distancias se cubrían por tierra; irónicamente eso ocurrió con los cuatro mil pesos para el ejército patriota enviados desde Arequipa que se consumieron en el largo viaje, al no ser posible enviarlos por mar, según informaba Sucre.

Pero el efecto de la estrechez financiera sobre la lealtad del personal militar era más perturbador que la escasez de camas o de armas. Los compromisos adquiridos con los altos oficiales se pagaban con frecuencia con propiedades confiscadas, cuando las había, pero la tropa se amotinaba por el retraso de los haberes y se pasaba al enemigo, lo que debilitaba las fuerzas, corrompía la moral del ejército y trastornaba los planes. En julio, doscientos hombres del batallón Huánuco se habían pasado al enemigo, lo que, según Sucre, no podía ser sino culpa de sus jefes y oficiales, visto que las vacilaciones y desertiones eran frecuentes en el alto mando. Los nombres de José de la Riva Agüero y de José Bernardo de Tagle, marqués de Torre Tagle, cuya traición terminó en tragedia, eran apenas los más conocidos ejemplos. La escasez de fondos y la confusión política se agudizó en el segundo semestre de 1823: dos presidentes, un dictador y dos virreyes en corto tiempo eran expresión de la gran sacudida política que afectaba a los peruanos y que por muchos años entraría las soluciones porque, como decía Sucre, “en su arreglo tienen cien dificultades y doscientas complicaciones”.

La comida y la vivienda parecen haber sido problemas algo menos graves, aunque la presión de miles de hombres sobre los recursos de pequeñas poblaciones con casas miserables y cosechas empobrecidas creaba inevitablemente situaciones críticas. El ejército consumía a diario unas doscientas reses que se conseguían con mucho trabajo: procurar subsistencias obligaba a emprender viajes de exploración, y sucedía que el ganado se conseguía en una o varias poblaciones, y el trigo y las papas en otros pueblos de la sierra distantes entre sí. En enero de 1824, Sucre informaba que el ganado disponible podía mantener a la tropa tres o cuatro meses, pero desde hacía tiempo no se consumía pan, “o lo que lo supla” porque era muy difícil conseguir trigo; en todo caso esperaba conseguir treinta o cuarenta mulas para traer trigo de los Conchucos, aunque allí la cosecha no había sido abundante, pero confiaba en que el ejército se mantendría, aunque con dificultad, en la estación de invierno porque en todas partes se hacían acopios de víveres.

El vestido era otra preocupación, ¿dónde conseguir cientos o miles de pares de zapatos? La noticia de que en Lambayeque y en Piura se podían obtener cuatrocientos o seiscientos pares encabezaba una de las cartas al Libertador de enero de 1824; y a fines de septiembre de 1824 Sucre anexaba los recibos de 3.300 pares de zapatos, parte de los seis mil que se habían pedido. A las

dificultades para pagar, se sumaba la capacidad de los proveedores para cumplir, así es que los pedidos solían llegar incompletos. Se pedían, por caso dos mil casacas, pantalones de paño y de lienzo y camisas, pero apenas entregaban 1225 casacas y 139 pantalones, aunque éstos exigían más frecuente reemplazo. Algunos oficiales cosían y remendaban su ropa, pero a fines de enero Sucre informaba que no había tocuyo para hacérselas. Las tropas llegaban en general mal equipadas; así Sucre dice a Bolívar que el batallón Istmo no tiene cobijas, ni capotes, ni calzones de paño, ni camisas en número suficiente. Y la situación más dolorosa se presentó en febrero de 1824 cuando murieron varios soldados del batallón Vargas por falta de pantalón de paño que los abrigase en la cordillera.

También las medicinas escaseaban provocando mensajes angustiosos: “de todos los hospitales me piden medicinas, y algunos soldados han muerto por falta de ellas. Es un dolor, cuando en Lima hay medicinas para surtir a 20 ejércitos como el nuestro. Hacen suma falta los equipos de los cuerpos: pero más que nada las medicinas y cirujanos. Por Dios que nos manden medicinas; nuestros hospitales carecen de todo de esta clase”.

Pero, si siempre parecía encontrarse solución a estos problemas, la eterna dificultad era el dinero; las alusiones y las referencias explícitas son frecuentes. En enero; “De lo que estamos pésimamente es de dinero... De dinero si estamos muy mal... De todas partes me piden plata para socorrer los cuerpos, y no sé de dónde sacarla... Han pasado las dos últimas semanas de enero sin dar un cuartillo a la tropa, ni la media paga a los oficiales... Si no vienen siquiera 8.000 pesos mensuales para ayudar a lo que se recoge acá, no cuente Ud. [Bolívar] con que están asistidos los cuerpos”. En marzo, “Se han disminuido (los ingresos 2.000 o 2.500 pesos y se han aumentado (los gastos) por lo menos 4.000 (pesos)... Se busca todo por aquí para el ejército, pero no se halla el dinero. Subsistencias no faltan, aunque con trabajo”. En abril, “Toda es aquí escasez y miseria en cuanto a metálicos... En subsistencia, no está mal la tropa... Es urgente que se mande algún dinero para este mes”. Y así.

Igualmente difícil era conseguir fuentes de financiamiento aunque no se dejara de tocar ninguna puerta; el gobierno, los empréstitos internos, las contribuciones locales, las donaciones y los empréstitos externos. Tantos años de guerra volvían inútiles los pedidos de ayuda financiera a los gobiernos cuyas arcas estaban poco menos que vacías y dependían hasta para los gastos ordinarios de los empréstitos externos que engrosaban la deuda cada vez más gravosa. Por otra parte, los préstamos externos no se obtenían fácilmente por la desconfianza de los prestamistas en el triunfo patriota. Precisamente, Sucre, a poco de llegar al Perú, se encontró con que la ocupación de Lima por los españoles el 18 de junio de 1823, y la decisión del gobierno de Riva Agüero de

refugiarse en el Callao, habían asustado a los suscriptores del empréstito inglés al Perú que solicitaban al tribunal del Exchequer la suspensión del mismo. El empréstito inglés, negociado a un interés inferior al 10 por ciento, era ventajoso frente a otras opciones, lo que dejaba como única alternativa enviar a Londres un comisionado especial para tratar de convencer a los capitalistas de no retractarse. Así lo entendía Sucre.

En el mercado local los préstamos resultaban más onerosos y más difíciles de obtener que en el exterior donde el capital era más abundante, el interés usual era 12 por ciento anual y en algunas ocasiones se había llegado a pagar 60 por ciento anual. Por otra parte, las contribuciones impuestas a la población eran antipáticas y, por lo mismo, políticamente riesgosas. Sucre tenía conciencia muy clara de esto; al tener su base militar en una misma región durante meses llegó a conocer de cerca las penurias de la gente y le mortificaba el de la población por estas imposiciones: “Exigir pan, carne y toda subsistencia y además aumentar las contribuciones va a enemistarnos el país... Los pueblos están contribuyendo con la subsistencia de todo el ejército, y con los acopios que se hacen, pagan su contribución ordinaria, y si además de aumentárselas hay contribuciones extraordinarias, creo que tendremos mil dificultades para obtenerlas”.

Los jefes patriotas habían establecido un cupo para las contribuciones exigidas a los poblados, y en enero de 1824 Bolívar autorizó que se tomaran productos como parte del cupo; Sucre tenía reservas “tenemos que pedir las contribuciones en dinero, y arbitrar para lo demás”, y terminaba diciendo “Haremos cuanto mande su excelencia, pero los pueblos no quedarán muy amigos nuestros”. En otra carta reitera al Libertador que “creo que nos engañamos en pensar que todo se sacará de estas provincias... Es bueno no contar sino con lo que se puede, y no con lo que se quiere”. La gente no tenía claros sentimientos por la independencia y, si podía, se escondía para no pagar las contribuciones. El ánimo adverso que estas medidas creaban tenían efecto sobre la sensibilidad de Sucre: “Quiera Dios que venga la paz para salir de tanta incomodidad, si hubiera dinero y cómodas subsistencias para el ejército aunque siguiera la guerra, pero estoy cansado que por servir a pueblos ajenos se nos odie”, o lo odiaran a él, como se desprende de su relato de una reciente orden de retirada que obligó a “tomar bestias de los vecinos”. No hubo un diablo (soldado) que no dijera: “el general Sucre es el que manda recoger todas las mulas y caballos; yo no tengo la culpa a mí me mandan. Y que necesidad tengo de esto. Por servir a D. Simón como un amigo aguanto si no”. Afloraba un resentimiento apenas disimulado, Sucre parecía molesto por la idea de que más que a la independencia parecía estar sirviendo a Bolívar.

Al avanzar el año 1824 los problemas para obtener aportes de la población se agudizaban: en febrero casi no había a quien reclutar ni para guías ni para correos, escribía Sucre “Los postas son mujeres por cuya razón se retrasa enormemente este servicio”. Además, los reclutas peruanos hospitalizados huían del hospital incluso estando moribundos. “Los ganados, mulas, etc, se toman donde se ven”. Pero lo peor era que con la gente oculta en los montes no había quien pagara las contribuciones, “en marzo tendremos poco o nada con que asistir al ejército en dinero... Todo se monta a la desesperada; cuanto hay se coge para el ejército, y estos pueblos quedan sin nada más que execración [sic] para nosotros.”

En abril de 1824, se ordenó que las joyas en oro y piedras preciosas y la plata labrada de las iglesias, excepto los cálices y las cosas necesarias para el culto, se tomaran como contribución, medida que fue especialmente impopular, aunque los españoles también la practicaran. Del lado patriota la excusa estaba en el interés de la iglesia que esas alhajas se enviaran a Trujillo, la caudal del territorio peruano liberado, porque si no las tomarían los españoles. Sin embargo, la orden simultánea de acuñar las joyas indicaba con claridad que se buscaba, de esa forma, aliviar la escasez de dinero. Conforme con esto, Sucre informaba al Libertador el 14 de abril que ya tenían 24.000 onzas de plata de las iglesias y se completarían 40 o 50.000, agregando “Se nos van escaseando los recursos de numerario, si no se acuña esa plata para socorrer estos cuerpos por tres meses a cuarta parte de paga”. La acuñación era, además, una necesidad porque la plata de la iglesia no encontraba comprador en el Perú. No fue ésta la única contribución forzosa de la iglesia, también pesaba una orden de requisición sobre los diezmos correspondientes a Lima. Estas medidas contribuían a afianzar la oposición y el proselitismo del clero contra la causa de la independencia. Para Sucre, esto no era extraño porque muchos curas eran godos e interesados por “carácter y costumbre», y el clero en general egoísta, por lo que proponía que los que negaran contribuciones fueran enviados ante el estado mayor general, en Trujillo.

Las debilidades y los problemas de organización del ejército eran otra fuente de fuerte preocupación cuando creía cercano el momento de la confrontación militar con los españoles. Había cuerpos que marchaban con “más mujeres que soldados y mujeres que gastan caballos. Oficiales y todos llevaban su compañerita”. Pero un problema más serio era la tendencia a formar pequeños batallones con sus respectivos oficiales al mando con fuerza insuficiente para conformar un cuerpo irregular, y que, además, aumentaban los gastos e impedían la formación del compromiso moral, la disciplina y la competencia militar necesaria. En vano trataba Sucre de que Bolívar desestimulara esta tendencia que complacía la ambición de mando de oficiales de baja jerarquía,

pero complicaba las cosas. Propuso entonces una reforma que refundiera esos cuerpos aislados y eliminara comandos ineficientes: “De tantos jefes y oficiales que hay en el ejército del Perú, pudieran extraerse muy buenos jefes y oficiales que hicieron brillar las armas de su patria a la cabeza de estos batallones. Una elección sin más respetos que el interés público, y sin más consideración que el saber y el valor de cada individuo, daría una excelente oficialidad a estos cuerpos».

En marzo, Sucre pensaba que apenas quedaba un mes para el encuentro militar con los españoles, tiempo que debía aprovecharse minuto a minuto para la reforma: “Ningún encarecimiento me es bastante para manifestar cuanto suplico al Libertador por una reforma del ejército del Perú, que nos dé cinco batallones y siete escuadrones buenos, que es fácil de organizar en un mes, y que me prometo lo haga el general (José) La Mar”. Su insistencia revelaba especial preocupación ante la falta de respuesta: “Por Dios, mi general, una reforma en este ejército del Perú; con una reforma pueden quedarnos 3.000 hombres útiles; pero que los manden jefes de confianza y oficiales escogidos”. También insistía en la misma carta en la formación de una brigada de artillería que consideraba útil en una guerra defensiva, “de 6 u 8 piezas de artillería bien dotadas y servidas nos servirán de mucho”. Sin embargo, Bolívar no parecía compartir este criterio.

Reiniciada la campaña, en junio de 1824, y sobre todo después de la batalla de Junín, los problemas logísticos se multiplicaron, pues a las necesidades ordinarias se sumaba la atención a las exigencias de la movilización y de los heridos, entre otras. Una de las mayores dificultades, parece haber sido movilizar la retaguardia a cargo de las subsistencias, el parque y los hospitales. La responsabilidad de situarla próxima a la vanguardia suscitó uno de los reclamos más violentos de Sucre a Bolívar, en agosto de 1824, como se explica más adelante. Un mes después de Junín, era evidente que la retaguardia seguía retrasada, y el mismo Sucre instruía a un coronel bajo su mando para que alcanzara “volando, volando” al ejército demorado en Huamanga. Ordenaba que de faltar mulas para la carga se emplearan peones, mujeres y muchachos, para atender con urgencia las necesidades del ejército que, según reclamaba Bolívar, carecía de subsistencia y esperaba la llegada del parque y las cargas.

También faltaban hombres, por las enfermedades y desertiones. Así es que enviaba mensajes urgentes reclamando reclutas y sugería que se establecieran depósitos con ese fin. Para completar el cuadro, había grandes dificultades para aprovisionarse de alimentos y forraje y, por lo tanto, para concentrar el ejército y las bestias en un punto, ya que ninguna localidad disponía de suficientes víveres y forraje, “los granos son algo escasos y la tropa sólo podrá mantenerse repartiendo los cuerpos en las diferentes doctrinas», diferentes comisiones

exploraban la región del Apurímac en procura de granos y víveres. Las copiosas lluvias de octubre que se adelantaron en 1824, hacían miserable la vida de cuartel.

No obstante, su ánimo parecía más confiado por lo que respecta a su ejército, que consideraba superior por la excelente preparación y disposición. Avanzado el mes de octubre, y a pesar de las usuales demoras, depositaba sus esperanzas en los auxilios enviados por Bolívar y otros jefes militares: así escribía el 17 de octubre: “Me prometo que pronto nos mandará Ud. fusiles, reclutas y todo, todo lo demás, incluso vestuarios”; el 20 insistía “Yo espero que Ud, [Bolívar] no me mandará menos de dos o tres mil reclutas, fusiles..”; el mismo día encargaba al general Andrés Santa Cruz, remitir lo que había en la retaguardia, los soldados dados de alta y herraduras que se gastaban rápidamente por los malos caminos, y sobre todo reclutas, no menos de mil porque los godos en menos de un mes habían reclutado dos mil hombres. Al general Guillermo Miller le pedía el 24 “que las guerrillas se organicen y se aumenten mucho, mucho“ Y el 26 reclamaba a Bolívar “fusiles muchos, y muchos reclutas” vestuario, equipo, hospitales. Esta era una insistencia permanente en estas fechas. Sucre tenía la convicción de que no pasaría mucho tiempo antes del encuentro decisivo, de allí la urgencia.

Las dificultades para dotar al ejército apropiadamente determinaron la renuencia de Bolívar a seguir una estrategia ofensiva. Sin embargo, Sucre, ahora con una visión más optimista del futuro de la guerra, no veía en esto una desventaja irreparable porque la compensaba la excelente disposición y preparación del ejército, sin mencionar que el ejército realista también tenía problemas de equipo y pertrechos. Poco después, en la batalla de Ayacucho, esta visión de Sucre probó ser correcta, la inferioridad numérica del ejército aliado que contaba con unos cuatro mil efectivos menos que el enemigo, no fue obstáculo para la victoria.

2. La desconfianza

Para quien como Sucre vivía el día a día de la campaña, teniendo, como decía, que ocuparse de todo, conseguir recursos, tomar decisiones militares ordenar herraduras para los caballos, velar por los enfermos, escribir casi todo, aplicar medidas disciplinarias y sobre todo lidiar con los hombres, era casi inevitable que la desconfianza y las dudas sobre la “miscelánea del ejército unido”, como llamaba a los diferentes cuerpos del ejército formados por chilenos, rioplatenses, peruanos, colombianos, fueran un peso que a veces le provocaba fuertes reacciones de indignación. Siendo venezolanos y colombianos

los máximos jefes, las suspicacias y celos de soldados y jefes de los otros países menudeaban.

Las tensiones e intrigas entre los jefes patriotas, sobre todo a la hora de atribuirse responsabilidades por los errores y las derrotas, le hacían temer malas jugadas de las que buscaba protegerse, como lo hizo al solicitar que fueran sometidas a juicio militar las operaciones de su ejército para “no dejar en la oscuridad del tiempo los sucesos de las campañas del sur, en la cual, quizá me implique alguno en las faltas que la hicieron desgraciada”. Sospechaba entonces que el General San Cruz, su rival de mando, podría implicarlo en el confuso episodio en el que el general alto peruano perdió su ejército en septiembre de 1823. Aparentemente, Santa Cruz dirigió su ejército en dirección contraria a la acordada, con consecuencias desastrosas: perdió el ejército y las armas al huir de la persecución del ejército del virrey La Serna, impidió la ayuda de las tropas de Sucre y condujo a la pérdida de Arequipa. “Aunque yo sea un jefe auxiliar, y el general Santa Cruz un general peruano; aunque él perdió su ejército, y yo salvé la división que estaba bajo mi inmediato mando, quiero siempre que mi conducta se ponga a la decisión de las leyes”. Sucre se sintió entonces tratado desconsideradamente, también pesaban sobre su ánimo otros incidentes, como las críticas de que fue objeto en la Memoria de Guerra de 1823 y su desacuerdo con Bolívar sobre si intervenir o no en los conflictos entre las facciones del Perú. La tensión llegó a tal punto que consideró abandonar el mando y retirarse, al pensar que hasta el mismo Bolívar lo había ofendido. La falta de confianza en los aliados lo hacía dudar de la capacidad y la seguridad de un ejército en el que los colombianos no eran mayoría; no era posible ignorar que los peruanos, incluidos algunos opuestos a la causa española se considerarían invadidos por fuerzas extranjeras, y que las diferencias entre los diferentes cuerpos no propiciaban el entendimiento. A Bolívar le confiaba el 5 enero de 1824, desde Huanuco, que “es mucho más seguro para nosotros comprometer una batalla en que con fuerzas poco más o menos iguales al enemigo, tengamos el mayor número de colombianos, que aventar un combate en que aunque seamos un cuarto o quinto superiores, sean los nuestros la mitad de los aliados”.

Alertaba contra la incorporación de gente reclutada por la fuerza como ocurría en uno de los batallones, donde los reclutas, además de incompetentes, porque no sabían “ni montar a caballo”, se dedicaban a difamar de los colombianos diciendo que eran herejes, de manera que los oficiales no encontraban en Huanuco ni un solo vecino que los quisiera alojar. “Yo creo que esto señores tienen más disposición para someterse a los españoles que para defenderse reunidos a nosotros”. Sucre desconfiaba de las montoneras, a cargo de la seguridad y el espionaje, sobre las cuales no tenía poder de decisión y se limitaba a transmitir a Bolívar su opinión negativa: comen mucho y sirven

poco, por no tener buenos jefes, que sean oficiales valientes “y que no vengan a robar a los pueblos”... “Las guerrillas ya he dicho que para establecerlas de un modo útil es preciso ponerles buenos oficiales, y sobre todo muy guapos... Ahora, no valen ni valdrán nada”. Eran varias las historias de acciones contra el enemigo que habían sido derrotadas por la huida de estos cuerdos. Al parecer, sólo Bolívar podía decidir qué hacer con ellos, y, a juzgar por las reiteraciones, no hacía mucho caso a Sucre en esto, aunque las quejas eran muy directas, algunos de estos oficiales, “han dicho descaradamente que más vale sufrir a los españoles que el yugo del Libertador y de los colombianos”. Y en otra ocasión insistía en lo mismo: “Aquí está aquel Vidal que Ud, mandó para arreglar el espionaje sobre Jauja, y que unos dicen que se pasó, y otros que lo prendieron: lo primero parece lo más cierto. Le he dicho a Otero que lo mande a Lima porque ninguno de esos bichos tiene cuenta dejarlos por acá”.

Extendía su desconfianza hasta a sus propias opiniones, aunque no las omitía: “De algún tiempo acá yo mismo desconfío tanto de mis opiniones, que temo darlas”, una manifestación de inseguridad que puede tener otras lecturas: atenuar el efecto que en Bolívar podrían causar sus opiniones contrarias, o un reclamo sutil, que a veces era muy directo, por la falta de instrucciones precisas y de información sobre el movimiento del enemigo: “Yo carezco de noticias del estado de los enemigos y este conocimiento es lo primero para dar opiniones; así que, dejaba en manos de Bolívar, ‘según los datos que usted tenga’, decidir y proponer sobre las operaciones, el tiempo de ejecutarlas y los medios para mantenerse mientras tanto. En la correspondencia de principios de 1824 insistía Sucre en su condición subordinada a Bolívar: “Espero saber cuales sean las determinaciones de Ud... estoy subordinado a las instrucciones de V.S.... haré todas las prevenciones de V.S. ... disponga lo que debe hacerse... se hará lo que mande”, y así por el estilo. Expresiones que destacaban la obediencia sólo por su condición subordinada, pero no porque aprobara siempre el criterio del Libertador.

Prevenir contra deserciones y deslealtades, teniendo en cuenta la débil adhesión a la independencia de algunos miembros del ejército y de buena parte de la población, eran un cuidado fundamental, sobre todo cuando se esperaban decisiones importantes. Así, en febrero de 1824, al conocerse la rebelión de las tropas rioplatenses del Callao se sospechaba que las fuerzas españolas atacarían, lo que puso en acción la cadena de órdenes e instrucciones a los jefes del ejército patriota. Sucre recomendaba insistentemente vigilar al personal al que se le encomendaba determinados servicios y confiar sólo en los oficiales probadamente leales y muy comprometidos porque “es el tiempo de las defecciones y traiciones”.

El tema de la confianza, o falta de ella, era una de las motivaciones de la reforma del ejército que proponía Sucre a Bolívar. Comentaba en una carta del 24 de marzo el engaño de un oficial y preguntaba “¿De quién fiarnos ya, mi general?, y más adelante, “Una reforma, una reforma y que sea pronta, y colocando los buenos oficiales y de fidelidad”. Mientras más tardaba el inicio de la campaña más traiciones y desertiones se esperaban. Las debilidades del ejército lo hacían más vulnerable cuando se anunciaba la cercanía del combate; en estas circunstancias, el miedo y el desorden combinados con la seducción y la intriga de las fuerzas españolas creaban condiciones para un torrente de defecciones que afectarían especialmente a las guerrillas. Además de las desertiones, los robos, especialmente de caballos eran un serio problema, al punto que en una ocasión el propio caballo de Sucre fue robado. Esto decidió la aplicación de la pena de muerte como medida ejemplarizante para restablecer la salud del ejército: de este resultado parecía convencido Sucre cuando escribía: «Cualquiera que sea el dolor de una fuerte ejecución, es preferible al terrible mal de una dislocación en el ejército que destruiría la moral y el orden. Así la salud del ejército será la primera consideración de V.S.”.

Pero estas expresiones fueron disminuyendo después de la batalla de Junín. Como ya mencionamos, la victoria y su posición al mando del ejército deben haber influido en su visión optimista de la campaña: confiaba en las tropas, en su preparación y entusiasmo. Sólo tiene pequeños motivos de disgusto: “álgunas quisquillas” en la 2da división, y un impase con un alto oficial que pretendía desertar con la anuencia de los jefes del ejército. Incidentes, que interpretaba como resultado de la inactividad del ejército que esperaba entrar en batalla desde fines de octubre.

3. La incertidumbre

Es indudable que situaciones objetivas como las dificultades, las deslealtades y la desigual preparación del ejército unido, aumentaban el sentimiento de incertidumbre que, por una razón u otra, aparece regularmente en la correspondencia de Sucre. Pero esa desazón parecía provocada menos por la falta de recursos o la poca confianza que tenía en sus oficiales y en la tropa, que por la falta de información y de seguridad sobre algo que era fundamental para Sucre, el aprecio que Bolívar pudiera realmente tener por su capacidad militar y por su criterio. Los reclamos por las sugerencias que no eran debidamente tomadas en cuenta por el Libertador y por actitudes y decisiones que Sucre entendía como faltas de consideración a su persona y a su rango, adquirirían en ocasiones un tono de disgusto que no intentaba disimular. Hay que recordar que para entonces la diferencia de edad, Sucre tenía 28 años en 1824 y Bolívar

llegaba a los 41, la experiencia y el enorme prestigio de éste, creaban una distancia, tal vez un tanto intimidante para Sucre, que reaccionaba con inseguridad pese a la amistad y el aprecio que Bolívar le reiteraba.

La incertidumbre tenía otras razones. El conocimiento impreciso del enemigo, y, por lo tanto, la necesidad de conocer con qué fuerzas contaba, sus movimientos y las operaciones que hacía, o dejaba de hacer, eran asunto fundamental para tomar decisiones. Así es que parte de su tiempo lo ocupaba Sucre reconociendo el territorio, cabalgando a determinadas localidades “para saber lo que hay allí”, explorando las posibilidades de obtener provisiones, y, sobre todo, observando las posiciones más favorables y las desfavorables, para lo cual reclamaba insistentemente que le enviaran una carta geográfica del Perú ya que de dos que tenía, una la había extraviado y otra se había ido con su equipaje a Guayaquil: “Instaré ochenta veces por una carta geográfica del Perú; la he solicitado por cuantos conductos están a mi alcance y no la he conseguido, es muy raro que en mes y medio que la pedí a Lima, no se haya podido trabajar en una carta en la comandancia de ingenieros, siendo obra de tres días”.

La necesidad de conocer las posiciones del enemigo, cuyas tropas eran muy “andadoras”, en parte era satisfecha por los “pasados”, los desertores del ejército realista, que daban información incompleta y no siempre confiable, aunque Sucre pensaba que el método de interrogación de los desertores no era confiable, por lo que reclamaba al comandante general de las guerrillas que “En adelante, todo pasado me lo mandará Ud. para confrontar las declaraciones y sacar por consecuencia la verdad”. Sin embargo, estaba convencido de que la verdad sólo era posible conocerla enviando cada día dos espías que debían pagarse muy bien. Pero, recalca que “Siempre, siempre” debían estar cerca del enemigo las guerrillas, comandadas por los mejores oficiales “muy vivos y prácticos” que debían informar “haya o no novedad”.

Entre enero y febrero de 1824, Sucre escribía desde Huánuco a veces varias cartas en el mismo día con el mismo destinatario que solía ser Bolívar. Era reiterativo en sus quejas sobre la falta de informaciones: “De Lima nada me dicen de riesgo ni de cosas del enemigo, pero tampoco me dicen nada porque las últimas cartas que tengo de Heres son del 8 de diciembre. Cuando se descuidan tanto en escribir es señal de pocas novedades”. La falta de noticias creaba lógica incertidumbre sobre la situación del enemigo, lo que daba pie para interpretaciones y conjeturas que Sucre transmitía a Bolívar, no sin repetirle que incluso sus propias opiniones le merecían poca confianza. Las conjeturas de Sucre confirmaban la necesidad de una ofensiva porque no creía que los españoles atacaran. Para Bolívar, la invasión de las fuerzas españolas era inminente lo que obligaría no sólo a preparar los hombres para un combate defensivo, sino a resguardar las mulas, los caballos, el ganado y las provisiones

que tomaba más tiempo; pero si la invasión no ocurría, como creía Sucre, la movilización sería una pérdida de tiempo y recursos “La falta de comunicaciones de Lima, me deja ignorante de las operaciones de los enemigos, para poder con oportunidad retirar todo, si somos atacados. Si no lo somos, la retirada de los recursos nos haría gran mal”.

Sucre favorecía un curso de operaciones activas, “debemos atacarlo [al general José de Canterac], antes que ellos minen más la moral del Perú contra sus aliados. Éste era uno de los riesgos: el efecto debilitante de las dilaciones sobre el ya de por sí incierto apoyo a la independencia de los peruanos. Por ello, Sucre consideraba conveniente una ofensiva que permitiera una victoria, aunque fuera parcial, aprovechando que, según sospechaba, Canterac estaba en Jauja con un ejército de unos 5.000 o 6.000 hombres, es decir equiparables a las patriotas, y que en esas condiciones los españoles no atacarían “a fuerzas iguales no nos atacan nunca”. El general venezolano temía, además, que al demorar la ofensiva patriota por esperar que llegaran refuerzos, se consumieran los recursos de subsistencia disponibles.

Los españoles, desconcentrados y con antagonismos internos, eran vulnerables: al norte el ejército del general Canterac, al centro las fuerzas del virrey José La Serna, al sur las del general Jerónimo Valdés, en el Alto Perú, el general Pedro Olañeta, en rebeldía contra estas jefaturas liberales. A juicio de Sucre, las fuerzas de la expedición chilena, debían atacar o distraer a los realistas estacionadas en el sur, que no se moverían si pensaban que los chilenos podrían invadir: era importante engañarlos para que el ejército de Valdés, con la mitad de la fuerza enemiga, 4.000 hombres, no abandonara su posición. El parecer de Sucre era que Canterac iniciaría formalmente la campaña contra el ejército patriota estacionado al norte cuando contara con una fuerza de 8.000 hombres. A fines de enero afirmaba que hasta febrero y marzo los españoles no atacarían. Por otra parte, Sucre consideraba que los españoles podían tratar de avanzar hacia el norte buscando conquistar mejores posiciones para negociar la paz “Yo creo que los españoles quieren ocupar terreno por si hay armisticio”.

La posibilidad de negociar la paz no debía desecharse, pero a condición de no firmar en condiciones debilitadas; además, opinaba Sucre, si las esperanzas de paz no estaban bien fundadas era mejor continuar la guerra. En su opinión había dos opciones para el mismo fin de terminar la guerra: bien firmar la paz, o dar a las operaciones un carácter activo y ofensivo, esto “creo (es) lo más útil”. A fines de enero, comentaba a Bolívar la llegada de un comisionado de España que, al parecer, traía noticias de paz con estas palabras: “sería muy bien que saliésemos de este pantano más pronto de lo que nos esperamos, porque el enredo de cosas del tal Perú no es para vivirlo”.

Pero en esos días el enemigo estaba movilizándose, aunque, comentaba Sucre: “Aquí me dicen que siempre los godos están en esas marchas buscando ganado, y por hacer daño; pero que nunca se vienen hacia aquí”; pero no era cuestión de confiarse: “los espías (investigan) para saber la verdadera dirección de los enemigos”; y dio orden de retirar el ganado al menor indicio de invasión; la incertidumbre era manifiesta al finalizar la carta: “No sé qué creer de ese movimiento de los enemigos. Tal vez van ellos sobre Lima, o quizá sólo van a tomar ganados por Santa Ana y Corpacancha”.

Sin embargo, en otra correspondencia de igual fecha parece reafirmado en su posición anterior de que el enemigo no atacaría y que las noticias que, llegaban eran exageradas. Consideraba que los españoles probablemente quisieran asegurarse la posesión de Pasco antes de entrar en negociaciones, y ofrecía echarlos de allí si se le ofrecían otros batallones. Sucre atribuía la información errada que había alertado a las fuerzas bajo su mando a que el “espionaje esta mal establecido: yo creo que esta gente por patriota que sea, es menester pagarla bien para tal servicio”. En esta carta al Libertador Sucre da sus opiniones de una manera más firme, puesto que las noticias erróneas confirmaban sus apreciaciones, no obstante que insistía en los peligros de la falta de certidumbre.

Sucre mantenía sus opiniones en cuanto a la estrategia a seguir, diferentes de las de Bolívar que no favorecía las operaciones activas, en tanto no aumentara el número de efectivos, y tampoco que se diera batalla en la sierra. Los informes en manos de Bolívar indicaban un próximo ataque enemigo en Huánuco y Trujillo, que harían necesaria una retirada hacia la costa. Según Sucre, eran informes falsos porque las incursiones españolas tenían como único fin perturbar los planes patriotas, pero no atacar. Sabiendo que las fuerzas españolas en Pasco al mando de Canterac no eran mayores que las suyas, Sucre se inclinaba por la ofensiva. A su juicio, el criterio de Bolívar sobre la ubicación de los batallones favorecería al enemigo y obligaría a sus hombres “a una retirada larga, que yo no deseo, para que otra vez no marchen las tropas colombianas atrás sin batirse, y porque estoy muy resuelto a que si me hallo a su cabeza, no me repita V.S. esta frase, aunque se comprometan 2.000 colombianos contra 8.000 españoles y aunque imprudentemente se pierda el ejército”.

En la misma carta, criticaba la idea de pelear en la costa: “Si los enemigos llegan a buscarnos en esta parte, y nosotros, por atraerlos nos vamos en retirada sobre la provincia de Trujillo, creo que en lugar de que logremos llevarlos a un campo de batalla hacia la costa, ellos habrán conseguido expulsarnos completamente de la Sierra, que siempre ha sido su objeto, y que verificado del

todo, quizá les bastaría para arruinarnos.» Otra vez pedía perdón por su franqueza, y repetía que desconfiaba de sus opiniones, aunque consideraba su deber no silenciarlos.

Por otra parte, opinaba que movilizar su posición y consumir los recursos sobre la base de información poco segura era riesgoso: “La ventaja de consumir aquí los recursos, es ventaja en un plan defensivo, y es un mal si hemos de ponernos en operaciones.” Estaba convencido de que los enemigos iban a Pasco, sólo a pillar y a buscar ganados, y bastaba tomar previsiones con un muy buen intendente, activo, eficaz y vigilante que trasladara el ganado en caso de un ataque enemigo. “sin aventuramos a traer aquí una sección del ejército para consumir los recursos, cuando estos recursos pueden salvarnos, o mejor servirnos luego en estos pueblos para mantener el ejército al abrir la campaña”. Pero, la incertidumbre no lo abandonaba: no sabía a ciencia cierta si los españoles pensaban atacar, o esperaban que los patriotas atacaran, tampoco estaba seguro de lo que ordenaría Bolívar, las reflexiones sobre el asunto escribía “son bastante para indeterminar al más resuelto”.

No era fácil para Sucre disentir de la opinión del Libertador pero, como vemos, no omitía las suyas. Así es que, finalmente le escribió así: “creo que Ud. no está bien informado de la fuerza que los enemigos tienen en todo el norte, por ahora a lo menos, no debemos temer de que nos echen hasta la costa. Según las órdenes, yo tendría que ir hasta Trujillo en caso de invasión, pero es porque usted lo manda”. A su disposición de acatar las órdenes superiores, se superpone de modo evidente un segundo discurso que insiste en demostrar que son equivocadas. Poco después, escribe al Libertador que, siguiendo sus instrucciones, dará órdenes al coronel Urdaneta “puesto que está ya resuelto el marchar a Trujillo en caso de cualquier ataque, y cualquiera que sea la fuerza que nos ataque, prohibido de comprometer ningún combate hasta el punto de reunión (en Trujillo)”. Las palabras de acatamiento de la autoridad superior no disimulaban su contrariedad.

Sucre convenía en retirarse hacia la costa antes que llegaran los españoles pero, confesaba a Bolívar, le dolía que por obedecer sus órdenes no podría atacar al enemigo cuando avanzara; temía la murmuración de la gente y del gobierno (de Colombia) que desconociendo esas órdenes pudieran censurarlo “después de lo que ha pasado antes, no puedo despremiar tanto lo que se diga; han precedido y suceden cosas que me hacen pensar mucho, y que cada día me consumen”. En la misma carta reafirmaba su lealtad, y recordaba que, “nada valen algunos pequeñitos desaires (si tales pueden llamarse) que he recibido, cuando tengo seguro hasta la evidencia, que Ud. jamás tuvo la intención de dañarme, y que al contrario en otros actos me ha tratado Ud. con un favor

inmenso, y con una distinción que sólo olvidaré con la muerte”. En los meses sucesivos los motivos de desacuerdo no dejaron de aflorar.

Sin embargo, Bolívar hizo algunas concesiones que complacieron a Sucre: fijar otro punto de reunión que no fuera Trujillo, fuera de la costa, y autorizar el ataque al ejército español del norte siempre que éste no contara con fuerzas superiores. El 4 de febrero Sucre le escribía contento por esto, pero afirmaba que si Canterac no atacaba a fines de marzo o a principios de abril era preciso buscarlo en Jauja o donde esté, ya que “en el verano y para mayo los enemigos pueden hacer venir tropas del Sur y podemos vernos muy apurados; ellos cuentan recursos y fuerzas efectivas y Ud. las espera de Colombia: y a mi vez diré a Ud. francamente que es un problema si vendrán o no tales tropas”.

Los movimientos de tropas españolas que abandonaban Ica, al sur, y el acopio de víveres según informes de los espías, movían a pensar que estaban concentrándose en el norte, y Sucre sospechaba que preparaban algo, tal vez esperaran un ataque patriota, o a quizá hubieran decidido atacar ellos. Seguía la incertidumbre, pero ahora pensaba contar con el respaldo de Bolívar, así es que el 5 de febrero le pedía conocer con tiempo donde ubicarlo para mandarle la correspondencia, y para hacerle una visita que también aquél decía esperar. Pero el 16 escribía decepcionado que cuando marchaba a Pativilca para encontrarse con el Libertador, recibió aviso de la sublevación de las tropas de Buenos Aires asentadas en el Callao, y de que Bolívar ya no estaría allí. Enviaba entonces una comunicación urgente para enterarse de lo ocurrido “porque ni sé que es lo que quiere hacer el Libertador, ni dónde está, ni qué necesidad de auxilios de tropa tenga la capital (Lima)”. Pocos días después, sin embargo, transmitía las órdenes del Libertador, de extremar la rigurosidad de la recluta y la requisita de ganado equino y vacuno “el Libertador quiere poner un desierto (en cuanto a recursos) entre los enemigos y nosotros”.

A fines de febrero de 1824, encontraba en las acciones de la Santa Alianza y en la segunda restauración de Fernando VII signos suficientemente perturbadores como para pensar que “Hemos llegado a la crisis más terrible de la revolución”, por lo que proponía considerar y planificar cuidadosamente la retirada por mar, no por tierra, para no arriesgar el ejército, negociando antes una paz que permitiera conservar la más preciosa parte de nuestros sacrificios, ya que los destinos no quería dejarnos el todo” y también para “salvar nuestro honor y quizá nuestra existencia”. Negociar la paz, al modo de la independencia de México (1821), parecía una opción viable. Según Sucre, la Santa Alianza era más temible que los godos del Perú, y criticaba al Libertador por contar demasiado con los ingleses que, llegado el caso, buscarían obtener la mejor parte para sí, pese a su oposición a la Santa Alianza. Terminaba reiterando su

deseo, hasta entonces frustrado, de ver y hablar con el Libertador para “salir de mil dudas”

Es claro que algunas de esas mil dudas se referían a su relación con Bolívar. Aunque no dejaba de repetirle sus consideraciones, sinceras por lo demás, de afecto, admiración y respeto, no siempre parecía convencido de ser plenamente correspondido. La falta de respuesta a sus cartas, los largos períodos sin comunicación, la falta de disposición para discutir asuntos militares y de estrategia le producían inquietud y una irritación que fue acumulándose durante estos meses. En particular le disgustaban las decisiones tomadas sin consultarle, que mostraban, a su juicio, poco respeto a su autoridad y perturbaban la cadena de mando y la moral.

La designación de empleados destinados a los cuerpos y divisiones bajo su comando o la autorización de ascensos sin su conocimiento, eran vistas como expresiones de abuso del estado mayor general, que trastornaban la disciplina y el orden que a él mismo se le pedía conservar. Sucre menciona el incidente de un grupo de oficiales que representó directamente ante el Libertador contra su comandante, sin su consentimiento, y cuando se disponía a imponerles una sanción, recibió una nota que le informaba de una decisión tomada por Bolívar. Esto era interpretado como una desautorización y una invitación a cometer nuevas faltas, en contraste con los oficios que le recomendaban insistentemente conservar el orden, la disciplina y la obediencia. Antes de concluir explicaba que “muchas cosas han sucedido y pasaban en silencio” y creía llegado el momento de pedir que se cortara de raíz todo abuso. Sobre esto volvió a insistir en otra comunicación al secretario de Bolívar “para ver si tú puedes conseguir que nos entendamos el jefe del ejército de Colombia y el estado mayor general, porque en esa oficina hacen tantas jerigonzas que me dan pena».

La gran incertidumbre, por lo menos hasta junio, seguía siendo el momento en que se iniciaría la campaña militar. En enero, parecía inminente; en febrero esperaba para marzo; en marzo para abril, y el 14 de abril escribía Sucre al Libertador “Yo estoy pensando que si los godos vienen es en mayo, y eso si vienen». Por supuesto, las dudas y dilaciones eran resultado de la falta información confiable sobre el enemigo: ¿Dónde están? ¿Qué hacen? ¿Cuántos son? ¿Hacia dónde se dirigen? ¿Qué refuerzos esperan? ¿Qué planes tienen? Todavía a fines de abril había inseguridad: “el movimiento de nuestro ejército, está pendiente del estado en que ellos están, de sus fuerzas en Jauja, de si esperan a no refuerzos del sur, de si marchan o no para el Cuzco algunas fuerzas contra Olañeta, de si se ha o no pacificado la insurrección de éste... Si Canterac no espera refuerzos del sur, nosotros marchamos sobre él. Todas las noticias convienen en que Valdés está entreteniéndolo al otro lado del desaguadero en la

cuestión con Olañeta. Mande usted sin embargo espías para saber la verdad, para que no calculemos en datos falsos”.

Poco después, de pronto, Sucre daba como seguro que Bolívar a todo trance abriría operaciones en mayo, y que a fines de ese mes el ejército estaría en Jauja. En vista de esto, mandaba conseguir y organizar los suministros; alfalfa para alrededor de 5.500 caballos y mulas y de granos, papas, raíces, pero sobre todo de maíz, cebada (unas 3.000 fanegadas), y trigo “todo el que haya donde haya” para elaborar pan abizcochado y galletas, porque el pan era muy difícil de conseguir. Ordenaba adquirir esto tres cereales imprescindibles, comprando con fondos de las rentas públicas o de contribuciones del estado, o como fuera posibles. Pero el tiempo pasó y ningún encuentro se produjo en mayo. Nuevamente la incógnita sobre los pasos del enemigo y la confusión sembrada por los españoles, que hacían correr falsas versiones de noticias de derrotas de los patriotas, llenaban a Sucre de nuevas preguntas. Mayo pasó sin novedad.

En Junio se despejaron las dudas, la operaciones militares comenzarían a fines de julio o agosto; es más, Sucre tenía esperanzas “de que el 7 de agosto celebraremos el aniversario de Boyacá, con la libertad del Perú”. Finalmente, fue un pronóstico acertado. Un mes después “todo el ejército está ya reunido y de hoy a mañana espero las órdenes de marchar a Pasco, de donde partirán las operaciones”. Canterac no se presentaba como enemigo de cuidado, ya que actuaría sin una estrategia trazada, según las maniobras del ejército patriota. El 3 de agosto, ya en Pasco, se preparaba para la marcha sobre los godos: “En 10 días se habrá concluido esta fiesta, es imposible dejar de vencer porque el entusiasmo de nuestro ejército es más allá de lo que puede describirse”. Pero la seguridad de la victoria se mezclaba con la incertidumbre de si estaría presente para festejarla, si sobreviviría a la batalla; en previsión dejaba a su padre una noticia de las personas en cuyo poder están sus intereses en caso de que fallezca en la presente campaña del Perú”.

La victoria de Junín mereció escuetas referencias en las cartas de Sucre, para quien fue un combate muy parcial que extendió el dominio territorial del ejército Libertador y señaló el comienzo feliz de la campaña. El triunfo de Junín fue tan incuestionable como limitada fue su significación desde el punto de vista militar, que Sucre no pudo dejar de reconocer. No obstante, su importancia para el desarrollo de la campaña le permitió escribir “que con un poco de prudencia y discreción la terminaremos en el año y felizmente”. Nuevamente una predicción que fue acertada. Pero, antes de que esa fecha llegara, Sucre pasó otro momento de amarga incertidumbre sobre lo que sus servicios representaban para Bolívar.

Después de la batalla, Bolívar comisionó a Sucre para ir a la retaguardia del ejército que había quedado rezagada con el parque, provisiones y hospital, y

hacerla avanzar en dirección del cuartel general libertador, donde las necesidades del ejército eran urgentes. Bolívar quedaba en la vanguardia y Sucre en la parte de atrás del ejército, Bolívar avanzaba recibiendo los honores de la victoria, mientras Sucre lidiaba con los enfermos y la tropa a cargo del equipo del ejército. Así entendió Sucre esta orden que provocó la carta del 27 de agosto, en la que se lee el violento reclamo dirigido al general Bolívar por haberlo “separado del mando del ejército para ejecutar una comisión que en cualquier parte se confía cuando más a un ayudante general, y enviado a retaguardia, al tiempo en que se marchaba sobre el enemigo; por consiguiente se me ha dado públicamente el testimonio de un concepto incapaz en las operaciones activas, y se ha autorizado a mis compañeros para reputarme como un imbécil o como un inútil”.

Aprovechó la ocasión para descargar el disgusto acumulado por “varios pequeños golpes (y tal vez algunos no pequeños)” que habría sufrido “en el ejercicio vago e informal de la insulsa representación” de general en jefe del ejército unido, al que no renunció “por complacer a usted y por servir al ejército”. Pero el golpe más fuerte e imprevisto era “reducirme ante el ejército unido al ridículo papel de conducir enfermos de retaguardia”. La incertidumbre reaparece: “No sé si al degradárseme con semejante comisión se ha tratado de abatirme; pero mi conducta me persuade que no lo he merecido; no sé tampoco si porque se me ha juzgado inepto; pero en tal caso me consuela decir que he servido a Ud al ejército con un celo especial”. Lo mortifica saber las “burlas y sátiras” de quienes no son sus amigos, y sufrir “la humillación”, las habladerías que imagina a sus espaldas, y escuchar que al aceptar la comisión se autorizaba a que los demás jefes fueran tratados como criados. La orden de Bolívar equivalía a declarar ante el ejército “que no se me necesitaba para nada... y, lo que es más mortificante, Ud. ha dicho a alguno de mis menos amigos que se me mandaba a retaguardia en busca de las actas de hospitales y de las guerrillas. ¿No es esto dar a mis desafectos los medios de desacreditarme?”.

Sucre había meditado doce días qué hacer; en ese lapso dirigió varios partes a Bolívar sin manifestar lo que guardaba por dentro. Por fin, anunció su decisión de no presentarse “otra vez en donde mis compañeros me han visto salir con desaire”; este suceso “inesperado y bochornoso me ha despedido del ejército” determinación que nada le hubiera obligado a tomar excepto algo que “ofendiera directamente mi reputación”. Confía en que Bolívar no impedirá su partida y que entenderá que no acepte “la vergüenza y el desprecio, ni es digno de Ud., que se me humille más de lo que he sido”. Al despedirse, declara su dolor y desesperación y pide: “que no se me coloque en una situación más aflicta,

y que Ud. no quite los restos de estimación que pueda tener, por su desgraciado y siempre fiel amigo”.

La respuesta a estos reproches, fechada una semana después, fue una digna explicación que a la vez rechazaba los argumentos de Sucre y buscaba destruirlos con palabras que, seguramente, Bolívar escogió con cuidado como las más apropiadas para la sensibilidad de Sucre. La comisión, decía, era de tal importancia que él mismo quería cumplirla y la había entendido como prueba de preferencia antes que de humillación, la necesidad y utilidad de la comisión podía apreciarse sólo viendo el deterioro y el atraso de la retaguardia encargada del transporte del parque, las provisiones, hospitales y demás bienes del ejército. Si estas palabras fueron suficientemente efectivas y mediaron otras circunstancias no puede saberse por las cartas, pero Sucre no volvió a tocar el punto de su orgullo herido y sus intenciones de abandonar el ejército. Por lo demás, la utilidad o necesidad, que no el prestigio, de movilizar la retaguardia con seguridad no se le escaparía a Sucre.

Dos meses después de la victoria de Junín, Sucre escribía al coronel Vicente Aguirre, su íntimo amigo personal, en un tono que muestra el ánimo seguro y confiado con respecto a la campaña y a sí mismo, que ya hemos mencionado. Le decía que en unos días pensaba movilizar el ejército en dirección al Cuzco y unas semanas después decidiría si atacaba o seguía la sugerencia de Bolívar de acogerse a cuarteles de invierno, confiaba en la preparación, la moral y el entusiasmo de sus hombres que compensaban largamente la inferioridad numérica del ejército y la debilidad de su equipo frente a las fuerzas bien equipadas de los españoles; su futuro era promisorio: “Yo veo que se me ha abierto un campo brillante, pero veo todavía muy fuertes espinas para llegar a él, pienso si llegar porque creo que la fortuna me dispensa algún favor”.

Las responsabilidades de conducir la campaña que Sucre ejercía desde octubre de 1824, primero en forma provisional y de manera definitiva después de la renuncia de Bolívar, hicieron desaparecer el sentimiento de inseguridad que solía perturbarlo anteriormente. Tanto si elogia una decisión o la critica, tanto si coincide con Bolívar como si disiente de él, tanto si obedece como si da órdenes, las cartas de Sucre, entre septiembre y diciembre, no parecen escritas por el mismo personaje irritado y cargado de resentimientos y reproches de los meses anteriores. En ellas se observa seguridad y una disposición si prevenciones, incluso a la hora de cumplir órdenes con las que manifiesta su desacuerdo. Con todo la aprobación de Bolívar seguía siendo una inquietud constante. Así lo recalca al iniciar su carta al Libertador el 17 de octubre: “verá usted que según sus deseo no quiero aventurar ni un paso adelante sin seguridad de no retroceder. Me alegra ver que mi medidas sean arregladas a lo que usted me significa en su apreciable carta del 10” y más adelante, después de explicar sus

planes para enfrentar al enemigo, que anuncia con estas palabras “diré a usted lo que pienso hacer siguiendo la regla que usted me prescribe de obrar defensiva y ofensivamente”, señala que “mi objeto es trabajar con la prudencia que usted me ha mandado sin aventurar nada”.

Días después escribía nuevamente para informarle de un oficio recibido del jefe del estado general del ejército real, el general Canterac, y de sus ideas con respecto al enemigo en virtud de los últimos partes recibidos, sin embargo, insiste en que no hará ningún movimiento ofensivo hasta tanto no tenga seguridad sobre el estado de aquellas tropas: “Creo que así cumplo los preceptos de usted de hacer una guerra a la vez defensiva y ofensiva. Si a usted no le parece bien, escríbame lo francamente porque en nada quiero separarme de las opiniones de usted. Le ruego por tanto sus consejos”. Y termina solicitando instrucciones: “me he olvidado preguntar a usted si los godos pretenden alguna negociación, qué conducta debo observar: sobre esto nada se me ha dicho”.

Las órdenes que recibió de Bolívar el 24 de octubre, de acantonar el ejército por seis meses en Andahuaylas y Abancay, al oeste del Apurímac, fueron el tema central de las últimas cartas al Libertador, antes de Ayacucho. Varias veces Sucre le manifestó su desacuerdo y decepción porque la campaña se difería hasta el año siguiente, aunque acató el mandato: «Lo siento, pero me conformo, porque siempre someteré con gusto mi opinión, a la experiencia de usted en la guerra. Yo creía que durante noviembre podíamos hacer algo útil, pero puesto que usted lo considera peligroso, renunciaré a mi deseo, y haré lo que usted manda”. No se advierte el mismo disgusto contenido y mal disimulado, a veces, con expresiones que reflejaban ironía, de las cartas anteriores a Junín. Sin embargo, todavía a principios de noviembre no movilizaba el ejército en una vana espera de que Bolívar cambiara sus órdenes. En ese ínterin recibió la noticia de la renuncia de Bolívar y su decisión de regresar a Colombia, en vista de la resolución del congreso colombiano de anular sus facultades extraordinarias y retirarle el mando de las tropas colombianas.

Al retirarse Bolívar, el comando supremo del ejército unido quedó al mando de Sucre, quien estableció el cuartel general en Andahuaylas después del 10 de noviembre, pero no aplazó el combate como quería Bolívar. La cercanía de las fuerzas de Canterac y La Serna anunciaban el próximo encuentro que ocurrió en Ayacucho el 9 de diciembre. Cuatro horas después de la batalla, Sucre escribía al Libertador en estos términos: “el campo de batalla ha decidido por fin que el Perú corresponde a los hijos de la gloria... los últimos restos del poder español en América, han expirado el 9 de diciembre en este campo afortunado”.

4. Comentarios finales

El resultado de este ejercicio de exploración de algunos temas significativos en la campaña de la independencia del Perú, a través de la correspondencia de Antonio José de Sucre, es un registro descriptivo de situaciones y comportamientos que pueden ser de valor para explorar la condición humana de los personajes involucrados, y para centrar la atención en problemas que han sido poco o nada estudiados. En tal sentido, intenta abrir, sin cerrarlos, interrogantes para un estudio más detenido de algunos temas. Esto es particularmente cierto con respecto a la relación entre Sucre y Bolívar, que la historia oficial presenta como un vínculo armónico, sin asperezas, pleno de afectos y coincidencias en los asuntos que ocupaban el interés de los dos personajes. En realidad, la amistad entre ambos estuvo cargada de tensiones y momentos difíciles, como podía esperarse en las terribles circunstancias de la campaña del Perú. Otras cuestiones, tratadas en las cartas, ponen de relieve situaciones que refieren a temas en gran medida inexplorados: las dificultades logísticas, el problema de los suministros, cómo y por qué vías se adquirirían las piezas de vestido, calzado y otros efectos; y en qué medida, si la producción era local, la guerra, como ha ocurrido con otras guerras, benefició económicamente a unos sectores de la población, a la vez que, como sabemos, empobreció a otros. Finalmente, un estudio de la primera alianza militar internacional latinoamericana, plantearía la posibilidad de examinar el tema de las tempranas expresiones de nacionalismo y regionalismo que provocaron las grietas del ejército unido desde las etapas iniciales de su organización.